

ARTE, AMOR Y TODO LO DEMAS

Los estrenos vistos desde el guardarropa

UNA DE SARASATES

O sea que sale Paco España, en el Gay Club, en plan Carmen Miranda, y luego en plan Juanita Reina, y siempre en este plan, y

como Paco España todos los demás, o sea el elenco, que a cuál es más gay, pero se desmadran, se despiezan, se desatan y la cosa tiene gracia y distanciamiento, que dice el Paco España que se marchó pá Tarragona con un grupo de marcanos, y así sigue el surrealismo y el tercer sexo hasta que al final sacan a una jai de Las Vegas, hembra total, muy hecha por arriba, rubia más que una pseta rubia, blanca de cuerpo y lírica de desnudo, o casi, como la Primavera de Botticelli, pero con

mejor tiempo, que a veces en primavera refresca por las noches. Bueno, una gozada. Se cubican muchos gais de paisano por metro cuadrado, en la sala, que lo pasan comanche con tanta libertad. O sea un desahogo que no hace mal a nadie. No es que sea el «Jesucristo Superstar» de Camilo Sesto, tan blandorro y con tantos ascensores, sino que éstos, con ser o parecer reinonas, la verdad es que tienen temple de camioneros. Con perdón de los camioneros. Un espectáculo de travestí a la española con folklore canario y parados de la construcción, que ahora hay muchos, ganándose la vida con sus encantos y sus filtrés.

Son los peligros del paro. O ponemos al personal a hacer carreteras o se nos vuelven todos sensibles.

Con Gala nace el senequismo manchego

Pátese usted la vida con un bastón de puño de plata en la mano haciendo estoicismo senequista de los verdes campos del Edén, poesía omeya de la afrenta de Corpes y sentencias cordobesas de las sirenas de Ulises para que



le ocurra esto... Porque también es mala pata que uno sea cordobés y ejerza, y vengan unos estudiantos y le saquen la partida de nacimiento. Y esto es lo que le ha pasado a Antonio Gala.



del fichero de un crítico ortodoxo

MADRID

NARANJA MECANICA, de Stanley Kubrick.—La naranja que dice el título no aparece por ningún sitio; y en su lugar, una serie de jóvenes de mala vida, mal vestidos y peor hablados, que hacen una apología de la violencia y las malas costumbres. Esta película, propia de la pérdida de infiltración de la masonería internacional en el cine, carece totalmente de belleza, arte y buenas intenciones, por mucho que la crítica papanata (con Dios sabe qué ocultos intereses) la haya defendido en función de esos términos: Violaciones, violencias, exhibicionismos y otras ordinaries que aquí aparecen, demuestran su nula calidad como obra de arte. Y con eso basta.

ANATOMIA DE UN HOSPITAL, de Arthur Hiller.—Profundo estudio de

un hospital norteamericano de su Seguridad Social donde se comprueba cómo las interioridades de la medicina son muy difíciles: un médico impotente, un enfermo iluminado que asesina a otros médicos por venganza, unos negros revolucionarios, unos médicos que fornican en las camas de los enfermos, en fin, un cúmulo de acontecimientos totalmente verosímiles y que se dan todos los días en cualquier hospital. Y al final, el ejemplo moral del protagonista que, ante la hecatombe de su sociedad, decide defenderla heroicamente hasta el final. Porque el honor no muere aunque los enemigos de la medicina lo intenten.

EL PRISIONERO DE LA SEGUNDA AVENIDA, de Melvin Frank.—¿Cuándo se ha visto que una sociedad tan correcta y humana como la norteamericana (prototipo de la cultura occidental) no

tenga previsto el problema del paro laboral de sus ciudadanos? Aquí se nos cuenta una estúpida historia en la que el protagonista, de cincuenta años, al quedarse sin trabajo, enloquece. ¿Y los retiros? ¿Y los montepíos? ¿Y la Seguridad Social?... Cuando los norteamericanos se quieren apuntar a la moda del cine crítico, se ven obligados, como los españoles, a deformar la realidad para encontrar algo que decir.

LAS BODAS DE BLANCA, de Francisco Regueiro.—Estamos llegando al límite de lo soportable. El señor Regueiro, que ya nos había atormentado con su «Duerme, duerme mi amor», insiste ahora en contarnos historias negras que nada conectan con la realidad española: provincianos frustrados sexualmente, relaciones tormentosas arrastradas durante años, personajes incapacitados y monjas bobas se

funden en una crónica que se pretende de humor y que sólo puede indignar al espectador mediano que busca en el cine un solaz placentero y constructivo. Regueiro va más lejos: osa investigar un nuevo lenguaje cinematográfico cuando eso sólo debe hacerse en libros y revistas; el cine, por el contrario, debe mantenerse fiel a sus ortodoxos principios narrativos. Para que no haya problemas ni nadie se tenga que esforzar...

BARCELONA

ROMPEHUESOS, de Robert Aldrich.—Sin el menor escrúpulo se nos pretende convencer de que los sistemas penitenciarios están regidos por seres corruptos y agresivos. Olvidando el fin principal de dichos centros (el ejemplar y moralizante), en esta película se desencadena lógicamente un en-

frentamiento entre reclusos y carceleros sin distinción de moral ni principios. Afortunadamente, esta aberración ideológica queda reemplazada por la tensión dramática de la película que se aviene más a narrar las incidencias internas de los protagonistas con un «suspense» clásico. Si no fuera por eso, sería un filme totalmente rechazable.

